

**Dieterich, Heinz, Nicaragua: la construcción de la sociedad sin clases, México, unomásuno, 1986.**

Hace ya algunos años, al alborear nuestro actual siglo, un poeta de nuestra América, con su timidez ancestral de mestizo, contesta airado al canto triunfalista de otro poeta, hijo de aquel país del que Hugo dijera a Grant: "Las estrellas son vuestras". La patria de Darío reclama a la de Whitman, y en su reclamo advierte: "tened cuidado ¡Vive la América Española!".

Era la voz de un latino — por cierto, de un nicaragüense. Y no por azar ese diálogo indirecto denunciaba la situación prevaleciente. En 1909, una de las primeras acciones intervencionistas estadounidenses del siglo en el continente — en aquel tiempo inspirada por la diplomacia del dólar — se consumaba. El pequeño país de cielos azules y ancho lago veía amenazadas, desde entonces, aunque no por primera vez, su soberanía e integridad territorial.

La ocupación militar se prolongaría, con la exclusión de un año en que los *marines* fueron retirados, hasta 1933, lapso durante el cual enfrentó la patriótica resistencia dirigida primero por Benjamín Zeledón, continuada — y consumada — por Augusto César Sandino.

Historial de vejaciones y agravios, a Nicaragua le cabe el dudoso honor, dentro del esquema de intervenciones estadounidenses en América Latina, de ser quizá sólo después de México, el país más agredido.

Luego de muchos años de una dictadura dinástica impuesta y dirigida desde Washington, y con el anhelo de libertad celosamente guardado, en 1979, el pueblo nicaragüense logra, por la vía de las armas, su verdadera independencia.

*Nicaragua: la construcción de la sociedad sin clases* recoge la preocupación intelectual y partidista sobre la situación postindependiente y abre el debate sobre la esencia misma de la Revolución sandinista; esto es, si se trata de un movimiento democrático burgués con un fuerte carácter antimperialista o, por el contrario, el fracaso del modelo de acumulación impuesto en Nicaragua, que para entonces evidenciaba el agotamiento de todas sus posibilidades de reproducción, no podía ser reemplazado sino por otro cuya distribución del plusproducto garantizara la justicia social; es decir, un proyecto de transformación socialista. A demostrar esta última premisa va a dedicar el autor porciones importantes de cada uno de los capítulos de su libro, de los cuales pasaremos a ocuparnos más tarde.

El profesor Heinz Dieterich, apoyado en un enfoque interdisciplinario, elabora un análisis orgánico de la situación, cuyos planteamientos — que no por objetivos dejan de ser comprometidos y partidarios — incursionan en aspecto comúnmente no visitados por la gran mayoría de los estudiosos. Así, después de una obligada referencia al espectro económico y la configuración clasista de la sociedad nicaragüense y de hablarnos de los costos y daños de la guerra de liberación, Dieterich acota las tres contradicciones principales provocadas por el triunfo de la Revolución sandinista:

1) La contradicción con el imperialismo estadounidense: ¿Por qué — se pregunta el autor — si la Nicaragua sandinista representa, hoy día, junto con Costa Rica, el país con mayores libertades civiles y democráticas en el istmo centroamericano, que ha abatido considerablemente los males endémicos de la población, (alfabetismo, desempleo, etc.), que la única propiedad que ha afectado es la íntimamente ligada a la vieja clase somocista, que ha implementado una política de no alineamiento, que "no exporta la Revolución" y que no ha entregado al pueblo ninguna empresa transnacional estadounidense, es acosada salvajemente por la primera potencia imperialista del orbe? Las causales en esencia son: los intereses económicos directos y/o estratégicos de las corporaciones multinacionales, que si bien a nivel local son mínimamente importantes, reproducidos a escala regional cobran su verdadera trascendencia; las razones de índole geopolítica, así como las repercusiones domésticas desprendidas de las decisiones de política exterior.

2) El contexto geopolítico centroamericano tampoco ha dejado de influir en el desarrollo del proceso nicaragüense. La pérdida para los intereses estratégicos de Estados Unidos de su principal base de control regional, introdujo una restructuración del sistema de dominación en el área, del cual pasan a formar parte importante los países circundantes con la consiguiente pérdida de soberanía y la militarización de sus economías.

3) Por otro lado, a nivel interno, desde principios de la década del sesenta se observa el desarrollo de la oposición política antisomocista y su posterior configuración de acuerdo a su esencia de clases, una vez que la posibilidad de que el Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN) arribara al poder se hizo inminente. El seguimiento de este proceso de trabajo conjunto/separación entre opositores sandinistas y no sandinistas nos llevará a comprender mejor los actuales enfrentamientos entre el gobierno y sus organizaciones por un lado, y el bloque burgués opositor dividido en dos fracciones, (la contrarrevolución armada y la "legal") por el otro, así como el programa gubernamental de unidad nacional.

Para el autor, la primera contradicción anotada determina, en cierta forma, la evolución de las otras dos contradicciones. Atendiendo a ello, partes importantes del libro están dedicadas, paralelamente al tratamiento del proceso nicaragüense, a analizar históricamente la esencia expansionista de Estados Unidos y el funciona-

miento de su sistema político. Este ir y venir de una problemática concreta a ejemplos históricos que viertan luz sobre su viabilidad, enriquece el escrito y lo vuelve ameno.

En ese orden de ideas, la respuesta estadounidense al triunfo de la Revolución popular se presenta ante nosotros —según se desprende de la lectura del libro— despojada de su halo de libertad y democracia, y adquiere su verdadero carácter gangsteril y de delincuente internacional: de la propuesta de Carter a la Organización de Estados Americanos (OEA) para formar una fuerza interamericana de paz que interviniera en Nicaragua e impidiera el triunfo, ya inminente, del FSLN, a la ayuda estadounidense para desviar el curso de la Revolución y la agresión abierta de Reagan, brotan las escenas, que parecieran extraídas de la mejor de las antologías de la *mafia*, llevadas a cabo por los servicios de inteligencia en su afán por destruir el nuevo Estado sandinista.

De los seis niveles de contrainsurgencia utilizados por Estados Unidos para impedir el avance de los movimientos populares o en contra de gobiernos clasificados como “no amigos”, cinco —nos dice Dieterich— se han utilizado ya contra la joven nación centroamericana: la guerra psicológica propagandística, la desestabilización política y económica, la guerra paramilitar y, —tal vez la más criminal por estar dirigida principalmente contra la población civil—, la guerra bacteriológica.

La era Reagan demarca la glorificación de la violencia contrarrevolucionaria. El enfrentamiento entre “halcones” y “palomas” dentro del gabinete, no existe más. Hoy sólo hay “halcones”. Las recomendaciones de *Santa Fe* invalidan, y aún vuelven ridículas, las apreciaciones *Linowitz*.

En su obsesión por destruir el sueño de Sandino, Reagan ha violado todas las leyes internacionales y ha ignorado los veredictos de la Corte Internacional de Justicia de La Haya —parte importante de un sistema internacional del cual su país fue importante artífice. También al hacer patente su desprecio a los acuerdos de Esquipulas II, no deja muchas esperanzas sobre el futuro de los acontecimientos en la región. Un solo mandatario estadounidense ha sido procesado bajo el recurso constitucional del *impeachment*, y esto curiosamente por actos de espionaje en contra del Partido Demócrata y no por el genocidio realizado en Indochina. La muerte de cientos de miles de vietnamitas no importó mucho entonces, ¿será capaz la conciencia internacional de soportar, hoy, una hecatombe similar?

De la solidaridad de los pueblos latinoamericanos primero, y de todo el orbe después, depende, en mucho, que el *No More Vietnams!* nos pertenezca a nosotros, es decir, —y a diferencia del no más empantamiento, del *it should mean we will not fail again* de Nixon— no más crímenes de *lesa humanidad*, no más intervención.

Por último, páginas sucesivas del libro que se comenta narran las vicisitudes que vivió la Revolución en los días aledaños al triunfo, y en el inicio de la larga y peno-

sa marcha de reconstrucción nacional. La economía mixta, el pluralismo político y la unidad nacional consagradas en la Constitución de 1984, y consideradas “solución táctica de las contradicciones” ya señaladas, son vistas a profundidad y con perspectiva al futuro.

Del hermoso prólogo del profesor Selser que precede el ensayo en cuestión, extraemos estas líneas: “Refiere André Malraux en *L’espoir*, que Lenin bailó sobre la nieve el día en que la duración de los soviets sobrepasó en 24 horas la de la Comuna de París. La experiencia sandinista ya ha superado siete veces ese periodo de tiempo, es autónoma, independiente, propia e intransferible...”.

Fernando Tapia Jardón